

Cuentos en verso para niños perversos

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake



Si eres de los que ya no se toman en serio los cuentos de hadas, este libro es para ti. Aquí verás que Ricitos de Oro no es tan tierna, Cenicienta no es tan dulce y el Lobo de Caperucita no es para nada malo. Todo sucede aquí con gran humor negro y al lado de las hilarantes ilustraciones de Quentin Blake.

La Cenicienta

“¡Si ya nos lo sabemos de memoria!»,
diréis. Y, sin embargo, de esta historia
tenéis una versión falsificada,
rosada, tonta, cursi, azucarada,
que alguien con la mollera un poco
rancia
consideró mejor para la infancia...



El lío se organiza en el momento
en que las Hermanastras de este
cuento
se marchan a Palacio y la pequeña
se queda en la bodega a partir leña.
Allí, entre los ratones llora y grita,

golpea la pared, se desgañita:
«¡Quiero salir de aquí! ¡Malditas bru-
jas!

¡¡Os arrancaré el moño por granu-
jas!!».

Y así hasta que por fin asoma el Ha-
da

por el encierro en el que está su ahi-
jada.

«¿Qué puedo hacer por ti, Cen-
querida?

¿Por qué gritas así? ¿Tan mala vida
te dan estas lechuzas?». «¡Frita estoy
porque ellas van al baile y yo no
voy!».

La chica patalea furibunda:

«¡Pues yo también iré a esa fiesta in-
munda!

¡Quiero un traje de noche, un paje,
un coche,

zapatos de charol, sortija, broche,
pendientes de coral, pantys de seda
y aromas de París para que pueda
enamorar al Príncipe en seguida
con mi belleza fina y distinguida!».

Y dicho y hecho, al punto Cenicien-
ta,

en menos tiempo del que aquí se
cuenta,

se personó en Palacio, en plena dis-
co,

dejando a su rivales hechas cisco.

Con Cený bailó el Príncipe rocks mi-
les
tomándola en sus brazos varoniles
y ella se le abrazó con tal vigor
que allí perdió su Alteza su valor,
y mientras la miró no fue posible
que le dijera cosa inteligible.
Al dar las doce Cený pensó: «Nena,
como no corras la hemos hecho
buena»,
y el Príncipe gritó: «¡No me abando-
nes!
mientras se le agarraba a los riño-
nes,
y ella tirando y él hecho un pelmazo
hasta que el traje se hizo mil peda-
zos.
La pobre se escapó medio en cami-
sa,
pero perdió un zapato con la prisa.



El Príncipe, embobado, lo tomó

y ante la Corte entera declaró:
«¡La dueña del pie que entre en el
zapato
será mi dulce esposa, o yo me ma-
to!».

Después, como era un poco despis-
tado,
dejó en una bandeja el botín ama-
do.

Una Hermanastra dijo: «¡Ésta es la
mía!»,

y, en vista de que nadie la veía,
pescó el zapato, lo tiró al retrete
y lo escamoteó en un periquete.
En su lugar, disimuladamente,
dejó su zapatilla maloliente.

En cuanto salió el sol, salió su Alteza
por la ciudad con toda ligereza
en busca de la dueña de la prenda.
De casa en casa fue, de tienda en
tienda,
e hicieron cola muchas damiselas
sin resultado. Aquella vil chinela,



incómoda, pestífera y chotuna,
no le sentaba bien a dama alguna.
Así hasta que fue el turno de la casa
de Cenicienta... «¡Pasa, Alteza, pa-
sa!»,

dijeron las perversas Hermanastras
y, tras guiñar un ojo a la Madrastra,
se puso la de más cara de cerdo
su propia zapatilla en el pie izquier-
do.

El Príncipe dio un grito, horrorizado,
pero ella gritó más: «¡Ha entrado!
¡Ha entrado!

¡Seré tu dulce esposa!». «¡Un cuerno
frito!».

«¡Has dado tu palabra, Principito,
precioso mío!». «¿Sí?», rugió su Alte-
za.

«¡Ordeno que le corten la cabeza!».
Se la cortaron de un único tajo
y el Príncipe se dijo: «Buen trabajo.
Así no está tan fea». De inmediato
gritó la otra Hermanastra: «¡Mi zapa-
to!

¡Dejad que me lo pruebe!». «¡Prue-
ba esto!»,

bramó su Alteza Real con muy mal
gesto

y, echando mano de su real espada,
la descocorotó de una estocada;
cayó la cabezota en la moqueta
dio un par de botes y se quedó
quieta...



En la cocina Cenicienta estaba
quitándoles las vainas a unas habas
cuando escuchó los botes —pam,
pam, pam—
del coco de su hermana en el za-
guán,

así que se asomó desde la puerta
y preguntó: «¿Tan pronto y ya des-
pierta?».

El Príncipe dio un salto: «¡Otro me-
lón!»,

y a Ceny le dio un vuelco el corazón.

«¡Caray!», pensó. «¡Qué bárbara es
su alteza!

Con ése yo me juego la cabeza...

¡Pero si está completamente loco!».

Y cuando gritó el Príncipe: «¡Ese co-
co!

¡Cortádselo ahora mismo!», en la co-
cina

brilló la vara del Hada Madrina.

«¡Pídeme lo que quieras, Cenicienta,
que tus deseos corren de mi cuen-
ta!».

«¡Hada Madrina», suplicó la ahijada,
«no quiero ya ni príncipes ni nada
que pueda parecérseles! Ya he sido
Princesa por un día. Ahora te pido
quizá algo más difícil e infrecuente:
un compañero honrado y buena
gente.

¿Podrás encontrar uno para mí,
Madrina amada? Yo lo quiero así...».

Y en menos tiempo del que aquí se
cuenta

se descubrió de pronto Cenicienta
a salvo de su Príncipe y casada
con un señor que hacía mermelada.

Y, como fueron ambos muy felices,
nos dieron con el tarro en las nari-
ces.



Juan y la habichuela mágica



La madre de Juan dijo: «Se acabó.
No queda un chavo en casa... Y digo yo
que ofrezcas a la vaca en el mercado,
a ver si la compra algún tipo despistado.
Limítate a decir lo sana que es la Juana,
aunque tú y yo sepamos que es anciana».

Se fue Juan con la vaca y volvió luego
diciendo: «¡Madre, cómo les di el pego!
Jamás habrá un negocio tan redondo
como el que hizo tu Juan». «¡Mira el sabihondo!
Seguro que tu trato es un desastre
y que te ha dado el timo algún pillastre...».
Mas cuando Juan, con gesto artero
y pillero,
extrajo una habichuela del bolsillo,
su madre saltó un cuádruple mortal,
se puso azul y le gritó: «¡Animal!
¿Te has vuelto loco? Dime, tarambana,
¿te han dado una habichuela por la Juana?

¡Te mato!», y tiró al huerto la habichuela,
 agarró a Juan y le atizó candela
 con la mangueta de la aspiradora
 zurrándole lo menos media hora.



A las diez de la noche, sin embargo,
 la alubia empezó a echar un tallo lar-
 go,
 tan largo que la punta se perdía
 entre las nubes cuando llegó el día.
 Juanito gritó: «¡Madre, echa un vis-
 tazo
 y dime si no hice ayer un negocia-
 zo!».
 La madre dijo: «¡Calla, pasmarote!
 ¿Acaso da habichuelas ese brote